

juntos ante el lector benévolo, dispuesto, como nosotros, á admirar todo lo que es bello, á amar todo lo que es noble y generoso.

CAPITULO IV.

LOS MISIONEROS.

Desde luego se nos presenta el padre Salvatierra, cuyo solo nombre arranca una feliz exclamacion de Mr. de Maistre. (1)

1 ¿Por qué no citar aquí textualmente la bella nota de Mr. de Maistre? "El padre Salvatierra (bello nombre para un misionero) llamado con justicia el apóstol de la California, se atraía á las tribus mas salvajes que pueda imaginarse y por lo mismo mas intratables, sin mas armas que un laúd que pulsaba con destreza; se ponía á cantar: "In voi credo, o Dio "mie! etc. (en vos creo, ¡oh mi Dios!") Hombres y mujeres le rodeaban y le escuchaban en silencio.— Muratori dice, hablando de este hombre admirable: "Pare favola quella d'Orfeo; ma chi sa che non sia succeduto in simil caso?" (Parece la fábula de Orfeo; pero, ¿quién no sabe lo que pasa en semejantes casos?) Solo los misioneros han comprendido y demostrado la verdad de esta fábula de Orfeo. Se observa tambien que ellos acertaron con la verdadera especie

Juan María Salvatierra, uno de los hombres mas distinguidos de la Compañía, supo, en el alto rango en que su nacimiento lo colocara, renunciar á todas las seducciones de la gloria para aspirar á una vida de abnegacion y de absoluta consagracion á Dios entrando en la Compañía de Jesús. A una constitucion robusta, á un juicio recto, añadia un carácter intrépido, un espíritu firme y resuelto, una feliz reunion, en fin, de virtudes y de talentos. Habia dado muestras de las unas y de los otros durante muchos años en las misiones de la Tarahumara, y después, en su calidad de visitador de las de Sonora y Sinaloa. El padre Knio le encontró en esta última region y no pudo menos de reconocer en él el futuro apóstol de la California. Le confió gustoso ciertos proyectos que hacia muchos años meditaba. Lleno de ardor y de esperanza, el padre Salvatierra se dirigió á la California no obstante la oposicion de tres provinciales (1) que miraban esta empresa como irrealizable. La audiencia de Guadalajara y el virey, desalentados con el recuerdo de las desgraciadas tentativas de Ortando, y además, por la es-

de música digna de asociarse á esas grandes creaciones. Enviadnos, decian á sus amigos de Europa, enviadnos las composiciones de los grandes maestros de Italia. Per essere armoniosis-simi, senza tanti imbrogli di violini obligati, etc. [Para producir armonías sin tanta complicacion de instrumentos, etc.]

Muratori, "Cristianismo feliz." Venecia, 1752, in 8º cap. XII. pág. 284.

1 Oddon, Almonacis, Palacios.

casez del erario, estuvieron muy lejos de acoger las proposiciones del jesuita. La misma corte de Madrid rehusó dar su consentimiento. En donde todos veían obstáculos, Salvatierra solo veía dificultades que lo animaban más, y peligros seductores, si puede decirse así, que serían vencidos y la empresa coronada del más completo resultado. Tal es el celo, ese bello ideal, esa llama del amor. Los padres Salvatierra y Knio se encontraron de nuevo en México, el 8 de Enero de 1696. El uno llegaba de Guadalajara, el otro venía del centro de la provincia de Pimeria, distante más de 500 leguas de la capital. No bastaron para persuadir ni las ardientes sollicitaciones, ni las más luminosas razones. Tuvieron, pues, que volverse á sus trabajos apostólicos, tristes, pero no desanimados. Había de llegar un día en que la perseverancia del padre Juan María triunfase: se dirigió á Tirso González, gloria de la universidad de Salamanca (1). González se trasladó á México con el fin de apoyar y secundar los esfuerzos de Salvatierra cerca del consejo; la audiencia de Guadalajara, movida por el celo de este apóstol, adoptó, en fin, esa causa tan patriótica como santa. El misionero partió en 1697 de Tepetzotlan y se dirigió á México con el fin de reunir los recursos necesarios para una empresa

1 Su generalato fué célebre por la multitud de misiones que estableció y por el gran número de moros que su celo convirtió.

que las flotas y los tesoros del rey de España no habían podido llevar á buen término.

Esta tierra, cuya conquista intentó en vano Cortés, que tantos vireyes y gobernantes creyeron poder alcanzar y á que dedicaron sus esfuerzos por más de dos siglos, vino á ser obtenida por simples jesuitas que la sometieron á España. El padre Salvatierra encontró en México al sabio padre Juan Ugarte, profesor de filosofía. Este santo religioso deseaba hacia mucho tiempo con el más ardiente celo ganar esa tierra para el cristianismo. Juan María encontró en él toda la dulzura, la prudencia y la habilidad necesarias para llenar la misión delicada de agente en la capital para preparar y asegurar el buen éxito de la expedición. Las considerables donaciones de los personajes poderosos y el vivo interés del conde de Moctezuma, ayudaron mucho el fervor de los misioneros. Mas tarde, cuando las necesidades no eran tan apremiantes, pudo valuarse todo su noble desinterés (1). La oferta de los jesuitas era

1 El total de las donaciones parciales subió á 15,000 escudos. Por otra parte, la congregación de nuestra Señora de los Dolores de México, ofreció 8,000 escudos, y un eclesiástico de Querétaro, inquisidor de la fe, otros 20,000 escudos.

Nos es grato citar aquí el justo homenaje tributado por un viajero en 1735, "Los jesuitas que recibieron donaciones considerables supieron administrarlas tan bien, que bastaron, no solo para las necesidades de las misiones, sino también para comprar nuevos terrenos. En 1767 una señora de Guadalupe

tanto mas seductora, cuanto que no gravaba en nada el tesoro real que habia gastado antes en la infructuosa expedicion de Ortando, como 225,400 pesos.

El real decreto tiene fecha del 5 de Febrero de 1627. Dos dias después, el padre Juan María se puso en camino llevando por toda provision el catecismo y las instrucciones del padre Copart. Una orden del rey le concedia, lo mismo que á su compañero, amplias facultades, tales como la de designar jueces para la administracion de justicia, reclutar soldados para su custodia, nombrarles capitan, en fin, todas las prerrogativas de los jefes militares en tiempo de guerra. Se les prohibia, sí, tomar cosa alguna del real tesoro sin expresa orden del monarca. El padre Ugarte estaba encargado de reunir las colectas y hacer llegar el dinero á su compañero por la vía de Acapulco.

Llegado á Tepotzotlan, el padre Salvatierra se despide de sus novicios; pasa á Guadalajara á conferenciar con la audiencia y su amigo Miranda; regresa á Sinaloa en donde busca á dos californios que el almirante Ortando habia traído allí en otra época. Estos dos indios vivian

ra, D^o Josefa de Miranda, dejó en su testamento al colegio de la compañía de esa ciudad, un legado de mas de 100.000 pesos fuertes, que los jesuitas, objeto ya de las calumnias de toda la Europa, tuvieron la delicadeza de rehusar.)

Exploracion del Oregon.' por Mr. Duflet de Mofras, tom. I, pág. 266.

aun; pero el colono que los empleaba en su granja trató de ocultarlos, y, por mas que hizo, no pudo lograrlos el padre Salvatierra. En espera del padre Knio exploró las montañas de Chiapas y allí visitó su primera residencia á su vuelta de Tarahumara, en donde habia encontrado nacientes pueblos en el estado mas satisfactorio. Luego que supo en el camino la noticia de la rebelion de los indios, voló en auxilio de los padres Nicolás Prado y Martin Navides; compartió sus peligros hasta la llegada de la guarnicion española que se hallaba mas cercana, temeroso de que la rebelion cundiese á las poblaciones vecinas. La primera autoridad de la provincia de Sonora, D. Alonso Petris de Cruza, quiere detener al padre Knio, y nombra en su lugar al padre Francisco María Piccolo. El ardor de Salvatierra no se avenia con estas dilaciones. "El fuego que me devora no admite agua para templarlo (1)."

Se embarcó el 10 de Octubre de 1697, en el puerto de Fliacui, escoltado por cinco soldados. Apenas se habia alejado media legua de la costa, cuando la galera fué arrojada por un fuerte viento y se encalló en la arena; al tercer dia se vió obligado á hacer escala en la bahía de la Concepcion, que dejó en seguida para entrar á la de S. Dionisio. Desembarcaron y acamparon en un paraje abrigado y defendido por bellos y sombríos bosques, cerca de un manantial de agua dulce, á legua y media, poco mas ó

1 S. Ignacio de Antioquía.

menos de la costa; desembarcaron igualmente víveres, animales y bagajes. Como siempre, el padre Salvatierra, olvidando su carácter de jefe de la expedición, es el primero en cargar sobre sus hombros los fardos de equipaje. Se construyeron barracas, se trazó al rededor una línea de circunvalación, y en el centro se levantó una tienda para que sirviese de capilla. Un crucifijo adornado de flores y la imagen de nuestra Señora de Loreto, patrona de la conquista, fueron colocados con toda pompa en la pequeña iglesia. El 25 de Octubre se tomó solemnemente posesion del país en nombre de su majestad católica. El padre Salvatierra se puso á aprender inmediatamente el idioma de los indios, á quienes reunia á menudo cerca de sí para instruirse él mismo é inculcarles poco á poco algunas nociones de su catecismo. Se entregó con tanta aplicacion á este estudio, que se halló bien pronto con que habia enseñado á los salvajes las oraciones y los principales artículos de la doctrina cristiana.

Se ha dicho que el justo, en medio de la adversidad, es el mayor espectáculo á los ojos de Dios. ¿No es tambien un bello espectáculo, sublime, el de un hombre de ciencia, de gravedad, de una cultura refinada, de una clase distinguida de la sociedad, que brilla por su abnegacion y consagracion absoluta á los demás, en medio de tribus salvajes que hablan un idioma mas salvaje aun, no es hermoso ver á este hombre rebajarse con toda la gracia de la caridad, y sin esfuerzo nivelándose con el último de entre

ellos; recogiendo de su boca cualquiera palabra, una expresion para grabarla en su memoria, repitiendo, escribiendo veinte veces la misma palabra á fin de hacerce de su verdadera pronunciacion; sonriendo benévolo á las exclamaciones de burla de los salvajes, siempre que falta á la inarmoniosa sintáxis ó viola las reglas de su bárbara eufonía? (1) Y la admiracion se aumenta con solo conocer, aunque sea poco, el carácter, las costumbres, los hábitos de esos desgraciados salvajes. Nada se asemeja menos al hombre de la civilizacion cristiana, que ese hombre de los desiertos, ese hijo de los bosques, ese habitante de las playas solitarias, estúpido, insensible, que aborrece todo género de trabajo, que es enemigo de toda reflexion, entregado sin freno y sin pudor á los apetitos mas desordenados. Experimenta una profunda aversion por todo lo que pueda sacarle de ese estado que algunos han osado llamar estado de naturaleza, y que hablando con propiedad, no es mas que estado de caducidad. Tratad, pues, de enviar filósofos á civilizar esas razas degeneradas é insociables. Enviadles á Diderot y Rousseau, y sucederá que harán pedazos los salvajes á esos misioneros sin mision, ó que por lo menos tendrán que volverse desalentados y abatidos. Ese apostolado milagroso, que cambia para mejorar, que convierte para salvar, no es propio

1 En cada nueva mision las misiones de catequista se confiaban á un indio inteligente y de buena conducta.

sino de aquellos á quienes el Divino Maestro dijo: "Enseñad y bautizad."

CAPITULO V.

LOS NATURALES DE LA California.

Puesto que nuestro plan es tratar de las conquistas de la fe en la California, es justo que, ante todo, demos una idea del estado religioso de esos pueblos antes de la llegada de los misioneros. Tan cierto es que el hombre es por naturaleza religioso, que se observa por donde quiera, hasta en los desiertos mas salvajes, entre las tribus mas embrutecidas, las señales de una creencia en un ser superior y los vestigios de un culto. No puede negarse, á la verdad, que esta creencia fundamental está oscurecida y empañada por absurdas tradiciones, y que ese culto tiene el carácter de la mas grosera supersticion. Mas por poco que se estudie esta teogonía salvaje, se le encontrará en el fondo, con gusto y sorpresa, restos positivos de nuestras santas creencias y de nuestra divina revelacion: ¡tan cierto es que Dios, ese padre inefable, jamás se oculta enteramente á sus hijos,

y tan cierto es tambien que su Verbo encarnado abraza al mundo entero con su amor!

Hé aquí como se expresan acerca de esto dos famosos escritores:

"Los indígenas de la Vieja California, dice un ilustre geógrafo (1), habian caido antes de la llegada de los misioneros, en el mayor grado de embrutecimiento; lo mismo que ciertos animales pasaban los dias enteros tirados sobre la arena; lo mismo que los animales estrechados por el hambre acudian á la caza para satisfacer las necesidades del momento. Una especie de horror religioso les anunciaba, sin embargo, la existencia de un gran ser cuyo poder temian."

Mr. Fernando Denis habla en estos términos:

"Una especie de licantropía (furor melancólico) parece presidir á la idea terrible que el pueblo tiene formada de los brujos ó hechiceros que hacen entre los californios, poco mas ó menos, el mismo oficio que los piayas entre los tupis. Esos seres temidos se hacen pasar por nacidos del lobo de las praderas, y explican de este modo la necesidad de esas comidas abominables de que se horrorizan otros indios, y que ellos renuevan sin duda para revestirse de un carácter mas terrible a los ojos de la tribu, ó bien solamente en conmemoracion de algunos ritos sangrientos cuyo origen ha escapado hasta ahora á nuestras investigaciones." (2)

1 Geog. de Malte-Brun.

2 Las Californias, por Mr. Fernando Denis, pág. 25

“Los antiguos pueblos de esta península, no tenían ni templo, ni lugares de oracion, ni culto externo. Reconocian un primer ser (y á esto limitaban toda su creencia) sin invocarlo, sin tributarle acciones de gracias; tenían, no obstante, sacerdotes que, si no instruian al pueblo, se hacian respetar y temer de él persuadiéndole de que mantenian un comercio secreto con espíritus invisibles. Su calidad de médicos aumentaba el crédito de que gozaban, y aquellos á quienes no habian podido intimidar por medio de sus sortilegios los aterrizaraban por el temor de la muerte. Si el enfermo no daba esperanzas de vida se congregaba á los parientes, y la hija y la hermana le cortaban uno de los dedos pequeños de la mano á fin de que la sangre vertida disipase la tristeza de la familia. Llegaban en seguida los vecinos que venian á visitarle. Sabiendo que no tenia ya remedio daban furiosos gritos, y para excitar mas y mas la compasion las mujeres mezclaban con sus gritos el elogio del moribundo; este rogaba á la reunion que lo chupase y lo soprase, juzgando del afecto de cada uno por la fuerza que empleaba en estas circunstancias y por los lamentos de los concurrentes (1).”

El traje de los sacerdotes californios consistia en una larga túnica que les cubria desde el cuello hasta los piés, hechas de cabellos de hombres. (2)

1 Viajero francés. lib, X, pág. 432,

2 Se observó este hecho en Londo en 1689.

A nuestro entender, M. M. Malte-Brun y Denis no dicen lo bastante. Si los límites de esta obra no fuesen tan estrechos haríamos ver, por ejemplo, que entre los edues ó péritues la idea de la creacion era casi en todo conforme con la de Moisés. Veríamos á esos pueblos creyendo en la espiritualidad de Dios y con nociones, aunque vagas, de la Trinidad. La venida de Jesucristo se veia claramente admitida en la persona de sus miembros de la Trinidad, llamado guayayp, que vino á la tierra seguido de multitud de discípulos y que al fin sufrió la muerte y fué coronado de espinas por hombres perversos. Aunque murió, su cuerpo quedó incorruptible; su sangre corre aun. Creian tambien que un poderoso rebelde, habiendo osado presentar batalla al creador Niparaya, fué precipitado del cielo, confinado á una caverna, y custodiado por monstruos marinos que excitan siempre á los hombres á la guerra y á la rebelion, en tanto que Niparaya recomienda y exige la paz.

Los cochimies, que son los mas dulces, los mas morales de entre esos indios, son tambien, ¡cosa notable! los que conservan las nociones religiosas fundamentales con mas pureza. Para ellos hay un cielo, un Dios vivo que, sin obra de la carne, tiene un hijo cuyo nombre significa perfeccion de la tierra. Hay además otra persona á quien designan como el autor y vínculo de las otras dos, y á pesar de esta triple personalidad los cochimies afirman que no hay mas que un Dios. En una palabra, cuando los misioneros les enseñaban los dogmas santos ellos

exclamaban admirados: ¿es lo que nosotros creemos! ¿Qué deducir de esto? dos cosas: ó que Dios ha dejado á estos pobres pueblos el sentimiento primordial de la verdad como en premio de su vida dulce y apacible, ó bien que en una época remota ellos recibieron la predicacion del Evangelio.

Esos salvajes tenian, pues, un pequeño conjunto de creencias y de preceptos que en su mayor parte se referian á sus intereses materiales. Hé aquí lo que formaba su decalogo:—vamos á extractarlo.

1.º —No comerás nada de tu primera caza ni de tu primera pesca, so pena de hacerte inhábil para cazar ó pescar en lo de adelante.

2.º —Te abstendrás de comer ciertos peces.

3.º —Tampoco comerás las partes grasosas de la caza, porque esta grasa, que es la de los viejos muertos, te haria envejecer prontamente; toda esa parte debe dejarse á los viejos adivinos.

4.º —Solo los viejos pueden recoger toda clase de frutos y comer de toda especie de peces.

5.º —Si te hicieres de algun ciervo ó pescado extraordinario, no lo tomarás, sino que deberás llevarlo á los adivinos.

6.º —Te guardarás de mirar las pléyades, porque la visita de estas estrellas atraeria la desgracia sobre tí.

7.º —Tampoco mirarás las islas del Norte, so pena de caer enfermo y de morir sin remedio.

8.º —Conservarás siempre la memoria de tus

antepasados, y celebrarás fiestas en honor suyo.

9.º —En verano saludarás al sol á fin de que haga prosperar tus empresas y que no te haga mal ni en la caza ni en la pesca.

10.º Tendrás absoluta fe y confianza en los adivinos.

Estas diez leyes ó preceptos son bien singulares y muy dignos de meditacion. En ninguno de ellos se encuentra la idea de un Dios soberano, creador y conservador del universo; ellos se reducen á prohibiciones y negaciones. La Divinidad no se hace sentir sino por medio de influencias vagas y ocultas aquí y allí en las cosas de la creacion. Nada de familia y por lo mismo ningun deber de paternidad, de union conyugal, de amor filial, de fraternidad. Ninguna mencion de respeto á la propiedad ni de amor á la patria, sino solo la veneracion por los antepasados y la celebracion de fiestas por los muertos y en honor suyo.

No puede menos de advertirse analogías entre este pequeño código y ciertas prescripciones del culto judaico. ¡Tan cierto así es que las tradiciones primitivas han dejado por do quiera vestigios como para demostrar una vez mas la unidad del género humano y la verdad incontestable de los orígenes asignados en el Génesis!

Lo que mas sorprendia en el carácter de los californios era una especie de estupidez inerte, una pereza insuperable de que no salian sino para entregarse á brutales placeres ó á entretenimientos pueriles; son, no obstante, irascibles,

impetuosos, inconstantes. No tienen ambicion ni aman el honor; prefieren pasar por robustos mas bien que por valientes; no piensan jamás en el dia siguiente, y por lo mismo mas bien son ávidos que codiciosos. Los indios se irritan pronto, pero fácilmente se calman, si bien es necesario resistirles con firmeza, No son atrevidos, y por el temor se les reduce hasta la baja.

Mr. Duffot habla del odio de los californios por la mentira, de su respeto á la ancianidad, del cuidado que tienen en acostumbrar á los hombres desde la infancia á las privaciones, á las intemperies, á los sufrimientos de todo género, llegando al extremo de azotarlos con ortiga. Se acostumbra á las jóvenes á ser dóciles; aprenden desde tierna edad todo lo que concierne á la economía doméstica; su trabajo manual consiste en coser las pieles de animales, en hacer cestos y esteras y en preparar los granos.

Los licores espirituosos que se encuentran bajo tantas formas diversas, aun entre los pueblos menos civilizados, eran desconocidos entre estos. Para suplir la falta de este estimulante los californios usan mucho de una especie de tabaco llamado cimarron. Este narcótico excita en ellos una embriaguez momentánea, y en sus fiestas hacen mucho uso de él excediéndose á veces.

Ningun deseo de conquista los anima, ninguna necesidad tienen de extender los límites de su territorio por lo mismo, ninguna guerra nacional emprenden. Sus combates son siempre de carácter privado y se originan regularmente

de algun insulto, del amor propio ofendido ó de robo de caza ó pesca. Son muy afectos á imponer la pena del talion con preferencia á todas las otras, castigo cuyos vestigios se encuentran entre todos los pueblos primitivos y aun en los libros santos, ojo por ojo, diente por diente. Sus armas son muy sencillas; se sirven generalmente de una caña armada de una piedra cortante, de una especie de espada de madera de punta aguzada y endurecida al fuego(1).

No formaban cuerpo de nacion, sino tribus cuya direccion no se encomendaba á alguno por razon del nacimiento ni de la eleccion. El jefe, si acaso lo necesitaban, se reconocia desde luego en aquel que se mostraba superior á los demás bien por el valor, ó por la palabra, ó por su larga experiencia: este era el cacique. Su mando era aceptado sin esfuerzo, así como él lo resignaba sin disgusto.

Antes de la llegada de los misioneros, estos pueblos desdeñaban todo vestido. (2) No po-

1 Se ven curiosas muestras de esas armas y utensilios en los gabinetes de algunos aficionados. Podriamos citar, entre otras, la admirable coleccion formada por Mr. Moillet, que murió en la flor de su edad, legando su gabinete á la ciudad de Lille. Podriamos hablar igualmente de los objetos traídos, hace pocos meses, de la Oceanía, por el jóven Olivier, uno de los intrépidos pasajeros del navío, L'Arche d'alliance, (Arca de la alianza.

2 Sin embargo esos pueblos que viven tan á poca costa, que soportan tan bien las privaciones y la fatiga, son industriosos y diestros; sobresalen en la fa-

dian contener la risa, dice un autor, al ver á sus compatriotas cubiertos con los trajes que los jesuitas les daban. Dos jóvenes se avergonzaron de verse objeto de la burla de sus paisanos y se quitaron la ropa colgándola á un árbol, aunque por no desairar á los jesuitas se la ponian siempre que iban á la mision.

Algunas mujeres se cubrian con pieles de lobo marino, de zorra ó de cualquiera fiera. La distribucion de estas vestiduras constituye una de sus mas curiosas fiestas. Se reunen en un punto designado, se forma allí con ramaje un vasto círculo en figura de cuna, se colocan en ella todas las pieles de las bestias muertas durante el año extendiéndolas como tapices. Un sacerdote, un médico ó un adivino, (porque estos nombres significan para ellos una misma cosa) colocado á la entrada, hace el elogio de los cazadores. (1)

Hay otra fiesta que se celebra en el momento solemne en que agujerean la nariz y orejas de los niños para colocarles los pendientes. Ea tanto que estas pobres criaturas dan gritos penetran-

bricacion de telas vegetales. Sus canoas, formadas de cortezas de árboles, excitaron la admiracion de los misioneros; sus redes de toda especie, tejidas primorosamente, lo mismo que las redecillas ó tocados con que se cubren las mujeres la cabeza. Téngase presente que nos referimos á la época de las primeras misiones.

1 Así fué la recepcion que se hizo al padre Piccolo por los cochimies.

tes; sus padres, con el fin de no dejarse enternecer por esos clamores, dan gritos mas fuertes. Los sacerdotes que presiden la ceremonia, exaltan cuanto pueden el bárbaro valor de los padres, é imponen severas penitencias á los que muestran debilidad: esas penitencias son generalmente el ayuno y la abstinencia de tal ó cual alimento: ¡tan cierto así es que ni el tiempo, ni las distancias, ni aun la degradacion, han podido borrar enteramente en el hombre las tradiciones primitivas tan bien descritas en la ley mosaica y tan juiciosamente aplicadas en la ley cristiana!

Mas los impostores sacerdotes de esos desgraçados pueblos, cegados por el enemigo de la salvacion, abusan aun de la poca luz que les ha quedado de la antigüedad. Ellos llevan la penitencia hasta la barbarie y las austeridades hasta el suicidio. No era raro, por lo mismo, ver indios estúpidamente dóciles á la voz de un adivino fascinador, precipitarse á ciegas de lo alto de una roca al fondo de un abismo.

CAPITULO VI.

CONTINUA LA DESCRIPCION DE las costumbres de los naturales de California.

Diremos algo sobre las ceremonias que acompañaban al matrimonio. En Loreto nada era mas sencillo. Un joven que amase á una joven,